

50

PREGUNTAS SOBRE LA FE

Publicado por

EUNSA
Versión interactiva
arguments
www.arguments.es

Jorge Miras y Tomás Trigo
(editores)

49

¿Existe el purgatorio? ¿Cómo se explica exactamente?

La frase «creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna» figura como afirmación final en el Credo apostólico. En esta fórmula tenemos el resumen y culmen de la religión cristiana.

¿Has visto algún partido de la *Superbowl*? A mí el primer partido de fútbol americano que vi me resultó aburridísimo: un juego lento y complicado. Me costó creer que un deporte así pudiera generar tanto entusiasmo entre los norteamericanos. ¿Por qué a ellos les gustaba y a mí me parecía tedioso? Con el tiempo me he dado cuenta. Ahora entiendo un poco más el juego y por eso me gusta y hasta me parece lógico que los que lo conocen bien, los que están acostumbrados a hablar de él en la calle, en las comidas, en los cumpleaños, en los descansos del trabajo y en los viajes en metro, los que no se pierden ni un partido de su equipo, puedan disfrutar al máximo cuando descifran las estrategias de cada jugada y las ven materializarse en un *touchnown* perfecto. Hay cosas (casi todas las que valen la pena) que para disfrutarlas

exigen estar preparado.

Algo así puede pasar con la misa. O con rezar. Y a algunos si se les dice que el cielo es estar con Cristo eternamente adorando a Dios, les puede parecer algo tan poco atractivo como a un viejo campesino de Texas la promesa de que su premio y su descanso definitivos serán disfrutar, por ejemplo, de un partido de la liga turca...

El cielo, el estar con Dios, exige estar preparados. No porque Dios tenga «sus reglas» como un rey caprichoso, sino por cómo es: Él es santo. El Todo-Santo, infinito, trascendente (es decir, Dios no es el mundo), incompatible con el pecado y distante de todo lo que no sea santo.

En la Biblia se afirma de modos diversos que sin la santidad, nadie puede ver a Dios (cfr. *Carta a los Hebreos* 12,14; *Apocalipsis* 21,27 y *1^a Carta de san Pedro* 1, 14-16). Y eso es cierto aquí en nuestra vida en la tierra, pero también después: para poder ver, comprender, amar y disfrutar plenamente de la Trinidad, de su vida de amor y de belleza (que en eso consiste nuestra vida eterna) hace falta tener esa preparación: la de la santidad. El cardenal Newman afirmaba

que *el cielo no es el cielo salvo para los santos*. Es verdad: solo una persona santa es feliz en el cielo. Y como Dios quiere que allí seamos felices, nos quiere santos y puros.

Esa es la preparación que necesitamos, pero no es automática. A lo largo de nuestra vida terrena, tanto nuestras elecciones y acciones como la obra de Dios en nosotros, modelan nuestra persona inculcando en nosotros una determinada manera de pensar, querer, sentir y actuar, haciéndonos más –o menos– *connaturales* con Él. Algunos consiguen esa connaturalidad (que es lo que llamamos *santidad*) ya en esta vida, pero no todos: somos pecadores, y con nuestros pecados, aumentamos esa *distancia* que ya de por sí existe entre Dios y nosotros. Él se nos acerca, tomando la iniciativa, porque nos ama infinitamente; pero hay una parte de esa distancia que solo podemos recorrer nosotros, intentando querer mejor a Dios y a los demás, limpiándonos de los afectos, deseos, apegamientos y hábitos que nublan nuestra mirada y nos alejan de Dios. Eso lo conseguimos a través de la purificación.

La necesidad de purificarse está presente en muchas religiones y en la Biblia. Es lo que significa, por ejemplo, un musulmán cuando se lava las manos antes de rezar; y es lo que hacen también los sacerdotes al lavarse las manos antes de la Misa y dentro de ella, en la presentación de las ofrendas. Ese es el sentido de no comer carne los viernes de cuaresma, de la limosna y de los sacrificios: disminuir la distancia con Dios.

Entonces, para alcanzar la *santidad*, ¿no basta con que Dios nos perdone los pecados? Si, como he sugerido, es nuestra misma forma de ser la que cambia –deterio-

rándose– con el pecado, la respuesta es que el perdón de Dios no basta: aunque Él nos perdone y no nos acuse, es nuestro corazón el que sigue lejos porque se hace incapaz de Él. Por eso necesita purificarse.

Pero ¿qué pasa si morimos antes de estar totalmente purificados, bien preparados para disfrutar del cielo? Si no hubiera alternativa, deberíamos decir que se pierde para siempre la posibilidad de ver a Dios. Pero hay alternativa: los católicos creemos que Dios es bueno y que ha previsto que la purificación de los que mueren sin pecado grave pero no han alcanzado la *santidad* pueda continuar también después de la muerte. A esa purificación final se le suele llamar también *purgatorio*. ■

Para saber más:
Catecismo de la Iglesia Católica,
1030-1032.
Jorge Herrera